

Raúl Figueroa Esquer, *Memorias de Buenaventura Vivó. Ministro de México en España durante los años 1853, 1854 y 1855*, 2017, México, ITAM, SRE, Bonilla Artigas, 717 pp.

RECEPCIÓN: 20 de mayo de 2019.

APROBACIÓN: 4 de junio de 2019.

DOI: 10.5347/01856383.0130.000295803

El gusto particular de Raúl Figueroa por el trabajo de archivo ha quedado al descubierto en las ediciones anteriores que ha realizado, como la *Correspondencia diplomática de Salvador Bermúdez de Castro*, en cinco voluminosos tomos que salieron de la imprenta en 2013. Ahora publica un trabajo valioso en muchos aspectos. Se trata de las *Memorias* de un diplomático mexicano que vieron la luz hace poco más de siglo y medio pero que en realidad fueron escasamente conocidas en su momento; que contienen datos de gran importancia sobre la política interior y exterior mexicana de mediados del siglo XIX; que refieren una mirada particularmente interesante sobre el panorama político español de ese periodo; y que, en suma, ayudan a la comprensión de los problemas que enfrentó el poco afortunado gobierno de Antonio López de Santa Anna durante su última presidencia.

El primer aspecto por destacar es la importancia que encierra la aparición de un testimonio de primera mano sobre las primeras décadas de la relación entre México y España. Como es sabido, la relación se estableció de forma tardía, pues la antigua metrópoli no reconoció la independencia mexicana sino hasta finales de 1836 (Gran Bretaña lo había hecho en 1825 y Francia en 1830). España no solo se negó a reconocer a su antigua colonia, sino que inclusive obstaculizó el establecimiento de otras relaciones, como por ejemplo con la Santa Sede. Durante los pontificados de Pío VII, León XII y Pío VIII fue negado el nombramiento de obispos para llenar las sedes que iban quedando vacantes en México, en mucho gracias a la presión ejercida por los diplomáticos españoles. No fue sino hasta 1831, cuando Gregorio XVI se dispuso a nombrar nuevos obispos para el territorio mexicano y cinco años más tarde tuvo lugar el reconocimiento diplomático.

Ya por el temor a un intento de reconquista o por la dificultad de entablar relaciones con las demás potencias europeas, no es descabellado pensar que buena parte de las dificultades políticas que enfrentó el México independiente tenían su origen en el suspenso en que se hallaba la relación con España. Cuando finalmente se entabló de manera formal, junto con la sostenida con Estados Unidos, cobró una importancia extraordinaria y fue en la que más cuidado puso el gobierno mexicano.

Las *Memorias* de Buenaventura Vivó nos ofrecen elementos de análisis para conocer más a fondo cómo se desarrollaron esas relaciones hasta mediar el siglo antepasado. Y, lo que es más importante, además de conocer las medidas seguidas por el gobierno mexicano, arrojan luz sobre la importancia que el español daba a su otrora “joya de la corona” y el lugar que ocupaba en su política hacia el exterior.

Vivó nació en Puebla en 1813. Gracias a la amistad que entabló con Antonio López de Santa Anna, comenzó su carrera diplomática como cónsul de México en La Habana en 1846. Se trata de un personaje patrocinado nada menos que por un militar y político poderoso, lo cual marcó su futuro diplomático, para bien y para mal. Vivó permaneció en Cuba hasta 1853, cuando fue nombrado ministro plenipotenciario en Madrid, representando al gobierno de su patrocinador. Así, fue el último ministro en España de un México que culminaba una etapa histórica. La coyuntura se dio precisamente con la caída de Santa Anna en 1855, cuando el movimiento de Ayutla puso fin a la dictadura y dio entrada a la generación liberal al escenario político nacional. En buena medida, una vez en el poder dicha generación se dio a la tarea de barrer con el pasado. Luego entonces, al caer Santa Anna, Vivó —quien debía por entero su nombramiento diplomático a aquel— debía caer también, y quizá con mayor fuerza, toda vez que se trataba del ministro en un país tan importante como España y más si se tenía la sospecha de que había participado en la búsqueda de un monarca para México que Santa Anna había ordenado realizar en Europa a mediados de 1854.

Este acontecimiento dice mucho de las prácticas en la política mexicana decimonónica. Una característica era obtener cargos oficiales gracias al apoyo a tal o cual personaje y separarse cuando uno nuevo aparecía en el escenario. Vivó fue auspiciado por Santa Anna en el terreno diplomático justo en el momento en que este adquirió mayor poder, y cuando se terminó ese poder, acabó asimismo el encumbramiento del ministro.

El trabajo editado por Figueroa muestra que Vivó se desempeñó como un plenipotenciario responsable y bien organizado, además de que fue apreciado en los altos círculos políticos madrileños. “Ha sabido granjearse, por las recomendables circunstancias que le adornan —señala la nota extendida por Isabel II—, todo mi aprecio y el de mi gobierno.” Su misión diplomática abarcó diversos puntos, muchos de los cuales detalla a lo largo de los once capítulos que componen las *Memorias*. El primer tema que toca, de gran valor histórico por tratarse prácticamente de un testimonio presencial, es el final de la llamada “Década Moderada” española, con la que resulta claro que él se identificaba. Otro asunto que resulta interesante es la iniciativa mexicana de sacar adelante una “Alianza ofensiva y defensiva de la República Mexicana y el reino de España”. Las instrucciones correspondientes fueron firmadas por Manuel Díez de Bonilla, entonces secretario de Relaciones Exteriores del gobierno santannista, y Vivó decidió buscar también el apoyo de las cortes parisina y londinense. Sin embargo, el proyecto fracasó por completo.

Otro tema atractivo son las Convenciones Hispano-Mexicanas, es decir, el compromiso adquirido por el gobierno mexicano de pagar los créditos que adeudaba a súbditos españoles residentes en el país desde antes de la independencia. La primera Convención fue firmada en julio de 1847, la segunda en 1851 y la tercera dos años más tarde. Vivó desarrolló una *teoría de nulidad* de dichas convenciones para exponerla al ministerio de Estado español. Basado en varios publicistas clásicos y otros más de renombre, el ministro mexicano arguyó que las convenciones se fundaban en el concepto equívoco de que parte de la deuda reconocida por México era extranjera, cuando en realidad lo era interior, lo cual nulificaba de origen los convenios y resultaba inexistente lo que de ellos derivaba. Este capítulo representa una verdadera aportación no solo porque ofrece un conocimiento interno de las negociaciones de las reclamaciones españolas, sino porque deja ver cómo se entendían los compromisos entre las naciones y los individuos hacia mediados del siglo XIX; es decir, se trata de una verdadera lección de historia de derecho público.

La acuciosidad de Raúl Figueroa es tal, que su edición también ofrece notas curiosas y al mismo tiempo ilustrativas sobre Vivó y la sociedad madrileña. Una de ellas deriva de la información acerca de las peticiones de exención de derechos de importación que dirigía a la Dirección General de Aduanas española. Durante el tiempo que representó al gobierno mexicano, Vivó introdujo artefactos y mercancías peculiares, desde su equipaje y dos carruajes de cuatro ruedas, pasando por porcelanas, dulces y un piano, hasta

una cantidad realmente ingente de tabaco (puros y cigarrillos). En un año y nueve meses —de febrero de 1853 a noviembre de 1854— franqueó un total de 50 000 puros, 900 cajetillas de cigarros y una arroba de tabaco picado para fumar. Este dato, nimio si se quiere, habla de un fumador y de una sociedad de fumadores, con los consecuentes impactos en la salud pública que podemos inferir.

Si bien se trata de un libro de gran extensión, la edición es legible y de gran valor. El prólogo va más allá de una presentación de las *Memorias* y de una descripción de su contenido, pues se trata de una lección de historia que da contexto y sentido a la figura de Buenaventura Vivó y las circunstancias en que llevó a cabo su misión diplomática. Además, se encuentran anotadas múltiples definiciones y se explican conceptos diplomáticos, así como detalles sobre los asuntos mencionados y los actores, de modo que el texto resulta accesible para un público amplio; el lector común encontrará estas *Memorias* tan interesantes y valiosas como el lector especializado.

En suma, la edición de las *Memorias* de Buenaventura Vivó realizada por Raúl Figueroa Esquer es encomiable en varios aspectos. Ofrece luz sobre la política exterior mexicana de mediados del XIX, pero también sobre la política interna del país, que aún no lograba consolidar un proyecto político. Nos acerca a las primeras décadas de la importante relación entre España y México, además de que aporta información de primera mano sobre la política española, tanto interna como externa, y de los políticos del momento. Se trata de una ventana a una etapa convulsa de la historia mexicana y española por igual, que mucho ayudará a la comprensión cabal de los procesos de ambos países.

VÍCTOR VILLAVICENCIO NAVARRO
Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM